

El petróleo y el cine

Por *Ernesto G. Castrillón* y *Luis Casabal*

Desde épocas del Hollywood legendario, la industria fílmica se ocupó de la explotación petrolera, presentándola como una aventura gigantesca en la que grandes fortunas salían de la nada y se hundían en ella, y donde se identificaba al explorador y al magnate petrolero con aventureros cinematográficos interpretados por astros de la talla de Clark Gable, Spencer Tracy o de rebeldes como James Dean en los años cincuenta



Desde los viejos filmes mudos con sus imágenes titilantes hasta las superproducciones de Hollywood en los años cincuenta, las torres de los campos de petróleo, sus dramáticos incendios y el estilo de vida casi de sociedad de frontera de muchos de los primeros yacimientos petrolíferos atrajeron a los guionistas de la industria del cine, por no mencionar editores y camarógrafos de los tiempos del Technicolor y del CinemaScope.

En la Argentina, además, y con presupuestos más modestos, la épica de la aventura y la vieja saga del éxito rápido (y del fracaso más rápido aún) también atrajo a determinados directores y guionistas criollos que se atrevieron, con distinta suerte, a la estética de los distantes pozos petroleros ubicados en el sur patagónico y sus pueblos pioneros, aislados, como se verá más adelante.

Una de las características de muchas de las primeras películas realizadas por Hollywood sobre el mundo del petróleo consistió en reunir a un elenco de astros de la época y marcar el carácter de aventura siempre presente en la exploración y los cateos petroleros.

Ese delgado límite entre la riqueza y el fracaso (que muchas veces se pagaba con la vida) resultaba muy atractivo para los guionistas cinematográficos, así como vistoso resultaba el juego de sombras del viejo cine en blanco y negro sobrevolando los campos petroleros, con sus pozos solitarios instalados en los de-

siertos del sur de los Estados Unidos muy pintorescos contrastando siempre contra un cielo plomizo. Un verdadero sueño para camarógrafos talentosos que supieran captar los juegos dramáticos de las luces y las sombras.

Una de las superproducciones más importantes del que podríamos llamar género petrolero de Hollywood fue *Boom town*, que se estrenó a comienzos de abril de 1941 en Buenos Aires con el título de *El fruto dorado* nada menos que en el cine Gran Rex. Esta superproducción de la Metro Goldwyn Mayer, de 118 minutos de duración, basada en una obra de James Edward Grant, había sido dirigida por un sólido artesano de la industria, Jack Conway, e interpretada por una pléyade de la aristocracia actoral de la Metro (que se jactaba por aquel entonces de tener más estrellas en su estudio que el cielo en todo el firmamento) liderada nada menos que por el "rey" Clark Gable, que aún gozaba de su gran triunfo en *Lo que el viento se llevó*; acompañado por Spencer Tracy, uno de los más sólidos y creíbles actores del cine norteamericano de todos los tiempos. Así como por la sofisticada belleza de Claudette Colbert, cuya sensualidad ambigua atraía con igual fuerza a admiradores masculinos y femeninos de la colonia artística de Hollywood; aunque en esta película se dedicaba, simplemente, a componer a una esposa abnegada no tan creíble.

Como complemento picante en este cóctel de éxito de taquilla asegurado de la Metro, paseaba por la pantalla su belleza casi asfixiante Hedy Lamarr, que siempre se lucía en lo que hiciera. A estos astros se les sumaba un elenco de sólidos actores de reparto como Lionel Atwill (un villano clásico que más tarde interpretaría como nadie al Dr. Moriarty, archienemigo de Sherlock Holmes) o el siempre creíble Frank Morgan.

La película no fue un clásico del cine, pero resultó notablemente entretenida y muy atractiva por las estrellas que tomaban parte en ella, y es más recomendable verla en la copia original en blanco y negro y no en la copia coloreada por computadora que se ha pasado alguna vez en televisión.

En un viejo recorte amarillento leemos la crítica que le dedicó el diario *La Nación* el 5 de abril de 1941 a este filme, al referirse a los dos exploradores petroleros interpretados por Gable y Tracy, decía: "Los dos son *wild cats*, pintoresco apodo para los buscadores de petróleo a quienes fían en su habilidad y en su don de rabadomantes para hurgar en las profundidades de la tierra. Necesitan grandes maquinarias, trépanos y motores para las costosas perforaciones. O las sacan a cuenta de lo que confían encontrar, o si pueden, las sacan por arte de picaresca, a pesar de las balas del *sheriff*. Jornaleros de tres dólares se ven en estas tierras prodigiosas de Oklahoma, de Pennsylvania o de California, que se marchan en Fords desvencijados y vuelven en ostentosos Rolls-Royce con cigarros de hoja y con la misma inquietud de tirar los millones en uno de esos bares de puertas batientes y de cantantes roncadas, donde la riña es permanente y simple cuestión de relevo, o de hundirse en la lucha con un competidor, o en la búsqueda de nuevos e inverosímiles yacimientos".

Una imagen novelesca del asunto, que caracterizaba el enfoque que el Hollywood clásico daba a la explotación petrolera en los filmes de aquellos años del glorioso blanco y negro.

LA NACION — Sábado 5 de abril de 1941

"EL FRUTO DORADO" SE ESTRENO EN EL GRAN REX

Cuenta con un gran reparto este film de ambiente vigoroso y colorido

Producción de carácter extraordinario de la Metro-Goldwyn-Mayer, hablada en inglés con títulos subtítulos en nuestro idioma, estrenada ayer en el Gran Rex. Interpretes principales: Clark Gable, Claudette Colbert, Spencer Tracy, Hedy Lamarr, Frank Morgan, Lionel Atwill, Marion Martin, Miina Gombell y el niño Casey Johnson. Director: Jack Conway.

El norteamericano medio tiene que mirar con legítimo orgullo, y como lección de vida, tipos de la pasta de Joe Mac Masters y Joe Sand, los dos personajes virtuosos de "El fruto dorado", o "Boom town", producción de carácter extraordinario de la Metro-Goldwyn-Mayer, que ayer se estrenó en el Gran Rex. En su placer de jugar con trabajo la fortuna, el petu...



IMAGINENSE: LOS CUATRO JUNTOS

1 Clark Gable EL FRUTO DORADO

2 Spencer Tracy EL FRUTO DORADO

3 Claudette Colbert EL FRUTO DORADO

4 Hedy Lamarr EL FRUTO DORADO

En otras palabras: **EL FRUTO DORADO** es Cuatro grandes películas en Una!

HOY ESTRENO GRAN REX

¡Nunca se ha visto nada tan espectacular, tan divertido y romántico!

¡MATEO, VERMOUTH Y NOCHE!

¡MATEO, VERMOUTH Y NOCHE!

¡MATEO, VERMOUTH Y NOCHE!

Un argentino aporta lo suyo

De todas formas, la década de 1950 fue la que se destacó por el aumento del interés por parte de los libretistas de Hollywood en las historias basadas en la búsqueda y la explotación del petróleo, el enriquecimiento veloz que este proporcionaba y hasta los hondos conflictos familiares y psicológicos que la riqueza podía provocar en quienes tenían la suerte de hacerse con ella.

Curiosamente, fue un cineasta argentino recién transplantado a Hollywood, Hugo Fregonese, quien abrió el ciclo "petrolero" de la década con el filme *Blowing Wild* (*Viento salvaje*, en nuestras carteleras) realizado para la Warner y estrenado en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1954 en el cine Ocean.



Viento salvaje era un drama de aventuras ambientado en un duro y áspero paisaje mexicano donde la búsqueda de petróleo era amenazada constantemente por bandidos y se complicaba con una creciente tensión amorosa alimentada por sus protagonistas: el recio Gary Cooper y la estupenda Barbara Stanwyck. Los acompañaban una bella estrella que no llegó muy lejos, Ruth Roman; y un todavía medido Anthony Quinn que aún no había alcanzado el estrellato internacional que le aportó *La strada*, de Federico Fellini.

La película, sin demasiada pretensiones, ofrecía un cuadro de entretenimiento vivaz y de sólidas actuaciones, aunque había que soportar al soporífero de Frankie Lane entonando el tema del filme: *Balada del oro negro*, compuesto por Dimitri Tiomkin, cuyos compases aparecían cada tanto recalcando las idas y vueltas de la trama. Un recurso que en los años cincuenta habían puesto de moda los *westerns* y al que Hollywood recurría hasta el hartazgo, como en este filme.

Ese oscuro objeto del deseo

¿Sexo y petróleo? ¿Sería posible semejante ecuación? Para los guionistas de Hollywood, todo es posible, incluso esta asociación algo traída de los pelos, como se puso de manifiesto en la gran película *Written on the Wind* (*Escrito en el viento*, 1957), una obra superior y muy personal dirigida por Douglas Sirk, el maestro del melodrama cinematográfico en esos años.

Se trata de un filme bellissimo, basado en una novela de Robert Wilder, que narraba las desdichas y los costados sórdidos de una rica familia petrolera de Texas, con sus imponentes mansiones, sus pozos que se extendían hasta el horizonte y una psicología ligeramente perturbada en sus personajes, que habría interesado mucho a Sigmund Freud.

Los dos únicos personajes "normales" del filme, eran interpretados por Rock Hudson y por Lauren Bacall. Esta última cometía el error de entrar en la familia de unos ricos petroleros texanos mediante su matrimonio con Robert Stack, que compuso aquí uno de los mejores trabajos de su carrera (antes de hacerse famoso como el Elliot Ness de la serie de TV *Los Intocables*) y que obtuvo una nominación al Oscar como actor secundario por este papel, cuyo alcoholismo (y eventual impotencia) terminaban arrojando a la Bacall a los brazos de Rock Hudson. Era evidente que la bella actriz no venía muy bien orientada en este filme en eso de conseguirse novios.

Pero el personaje central lo componía Dorothy Malone, una de las rubias más sensuales y cargadas de erotismo que Hollywood produjera jamás. El personaje de Malone, con un gran complejo de Edipo y una mayor vocación por el escándalo –le gustaba alternar con cuanto

vago de la zona u obrero de la empresa petrolera familiar podía-, y componía una arpía que en sus ratos de descanso se la pasaba acariciando la maqueta de una torre petrolera que se hallaba en el escritorio de su padre.

Un gran filme, ambientado en el mundo de los campos petroleros y la riqueza descomunal que estos generaban, que sabía formular con arte una estética de



James Dean en "Gigante"

los pozos, y que terminaría inspirando a los guionistas de la serie de culto de TV *Dallas* mucho años después.

Pero tal vez "la" película de los años cincuenta relacionada especialmente con el mundo del petróleo que para el público quedaría fuertemente impresa en la memoria sería *Giant* (*Gigante* en nuestras carteleras), la superproducción de George Stevens, que obtuvo con ella el Oscar a la dirección para la Warner Bros., y se presentaba orgullosamente como en "Warnercolor" y "Warner Vision". Fue estrenada en Buenos Aires el 5 de noviembre de 1958 en el cine Ideal. Estaba basada en

la exitosa novela de Edna Ferber, y su guión había sido realizado por Fred Guiol e Ivan Moffat y contaba con la música del ya mencionado Dimitri Tiomkin.

Sus actores eran el firmamento mismo del Hollywood de aquella década inolvidable: el infaltable Rock Hudson y la bellísima Elizabeth Taylor encabezaban el reparto, pero el motivo que hizo que millares de jóvenes de todo el planeta hicieran largas filas para presenciar su estreno fue que esta resultó ser la última película del icono de la década, James Dean, quien pereció en un accidente automovilístico mientras el filme se hallaba aún en etapa de producción.

Con su sombrero tejano, el cigarrillo ligeramente caído en sus labios y el rifle sostenido sobre sus hombros como un moderno crucificado, Dean se las arregló (sobre todo en la primera parte del filme, que resultaba larguísimo) para componer a un joven descastado que vengaba viejos rencores con los ricachones del lugar. Estos eran los Benedict, que habían amasado su imponente fortuna con las reses que por millares se crían en las praderas de Texas, descubriendo petróleo en su humilde parcela de tierra, enriqueciéndose más allá de la especulación febril y apareciendo siempre en la trama del filme para recordar a sus más señoriales y distinguidos vecinos, que él era el futuro y ellos, sólo el pasado que ya se iba para siempre.

Al respecto, es interesante recordar la extensa crítica que *La Nación* dedicó a esta película el 7 de noviembre de 1958. Allí, al referirse a Jett Rink (el iconoclasta personaje



interpretado por Dean) decía el diario: “Rink heredará entonces inesperadamente un predio desolado –jirón arrancado a la vasta propiedad de los Benedict, por primera vez mutilada– y en esa posesión voluntariosa volcará todo su resentimiento contra quienes lo protegieron, toda la amargura de su vida de hijo de nadie, todo el amor imposible que en él ha despertado la nueva y hermosísima patrona sureña. Con furia vindicativa, se niega Jett a vender su tierra a Benedict, y se consagra a arrancarle a aquélla su oculto tesoro: el petróleo. La estructura patriarcal del Texas de los pioneros se tambalea bajo el torrente del oro negro, que acarrea consigo a los nuevos propietarios, los insolentes y ávidos multimillonarios que pretenderán substraer el suelo tejano a sus culturas tradicionales, la agricultura y la ganadería”.

El filme brillaba en las pantallas panorámicas de la época, y era una apuesta de Hollywood para devolver el golpe a los molestos televisores que estaban restando espectadores a las salas de cine de mediados de los años cincuenta y que, precisamente, por la grandiosidad de *Gigante*, no lograron fácilmente arrancar a la gente de la gran pantalla.

La película, además, estaba llena de buenos actores en pequeños papeles, entre los que se destacaba el trágicamente desaparecido Sal Mineo, y un casi adolescente Dennis Hopper (seguramente incluido en el reparto por su amistad con James Dean), además de la muy decorativa Carrol Baker.

Ya en la década de los sesenta, cuando el petróleo no era precisamente glamoroso para la contracultura *hippie* y la generación de Woodstock, sería un recio actor, ídolo inolvidable de tantos grandes *westerns* de John Ford como *La Diligencia* o *Fuerte Apache* –el mismísimo John Wayne–, quien se comprometió en un proyecto que nuevamente tenía a la industria del petróleo no ya como un marco referencial, sino como el corazón de la trama de un filme.

Se trataba de *Hellfighters*, producción de la Universal en Technicolor (estrenada como *Vórtice de fuego* en el Ocean, en mayo de 1969, en Buenos Aires). La película

había sido dirigida por Andrew McLaglen, experto en filmes de acción y estaba basada en la vida de un personaje real, Red Adair, un auténtico y legendario “apagador de incendios” o controlador de pozos.



John Wayne, por supuesto en el papel de Adair, era el protagonista de la trama, que llevaba a un equipo de expertos en combatir incendios en pozos petroleros a lugares tan distantes como Canadá, Malasia o hasta la misma Venezuela, donde además, su accionar era saboteado por un grupo de guerrilleros barbudos de esos en los que suele ser tan pródiga nuestra América Latina.

La película, menor dentro de la carrera de Wayne (que se veía más cómodo sobre un caballo enfrentando a los *sioux* en el Valle de la Muerte que en la piel de personajes contemporáneos ubicados en conflictos reales) valía, sin embargo, por sus secuencias de acción y los recursos técnicos puestos en juego para su realización, que precisamente brillaban cuando se describía la lucha contra el fuego y los tremendos riesgos de un puñado de hombres especializados en combatir los incendios en los pozos petroleros esparcidos a lo largo de las más distantes y en algunos casos, las más inhóspitas regiones del planeta.

Villanos con sabor a petróleo

Desde los años sesenta en adelante, sin embargo, para la industria cinematográfica el rol del petrolero dejó de tener el *glamour* del aventurero forrado en oro o del pionero que labraba un imperio en un solitario desierto. Una figura heroica (a veces pícara), antes que nada, que invitaba a la emulación y hasta la admiración desmedida, sobre todo por lo bien rodeado que se hallaba de sensuales rubias platinadas o de morenas.

Desde finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, entonces, el petróleo y los petroleros empezaron a tener mala prensa en Hollywood, resultado claro de la prédica de sectores de la contracultura juvenil de la época, así como por la aparición del movimiento ecologista, que veía (valga la redundancia) todo negro en referencia a esta fuente de energía.

Así que de pronto, de millonarios exitosos, un tanto excéntricos, los petroleros se ganaron el rol, bien estereotipado, de villanos cinematográficos.

Así, en la remake de *King Kong* de 1976, dirigida por John Guillermin y producida por Dino De Laurentiis,



el villano del filme no era el inmenso simio que le daba título, sino el explorador de una compañía petrolera (un individuo tan maligno y egoísta como torpe, interpretado por Charles Grodin) que buscaba un yacimiento fabuloso en una isla perdida.

En realidad, camino al supuesto yacimiento se encuentran con una hermosa náufraga, Jessica Lange, y deben lidiar con un polizón insufrible y defensor del medio ambiente encarnado por un juvenil y barbado Jeff Bridges.

En la isla solitaria, el petrolero hará despliegue de innumerables cobardías y canalladas, desde el momento en que se enfrenta no ya con el hallazgo del yacimiento esperado que iba a volver rica a su compañía y a él, sino con una peligrosa fauna prehistórica liderada por un inmenso gorila malhumorado, el legendario King Kong. Grodin, como insufrible petrolero, establece el estereotipo que iban a seguir sus sucesores.

Petróleo y TV

Claro que el cine no estuvo solo en la empresa de convertir al magnate o explorador petrolero en un villano de ficción. La televisión haría lo suyo. Así, la serie *Dallas*, armada sobre un esquema parecido al de *Gigante*, de una familia texana propietaria de un imperio petrolero, sostuvo su éxito en las infinitas maldades e hipocresías de su heredero, John Ross Ewing, más conocido como J. R., el hijo mayor de una riquísima familia texana que basaba su fortuna en la explotación petrolera y en la ganadería (esto último se veía en que la residencia patriarcal era el rancho Southfork, ubicado en las cercanías de Dallas), interpretado por Larry Hagman. Se trataba, definitivamente, de alguien sin ninguna atadura moral o de cualquiera otro tipo, rápido para la traición, el doblez y hábil urdidor de



intrigas que no respetaban ni a los miembros más cercanos de su propia familia.

La serie había sido creada por David Jacobs para la productora Lorimar y se mantuvo por varias temporadas en el aire, entre 1978 y 1991 (en nuestro país la transmitía Canal 9) y fue un éxito mundial. La serie se pasaba en *prime time* y literalmente paralizaba al país. Y es probable que nadie, ni siquiera el propio Hagman, estuviera preparado para el furor que despertó su interpretación. El personaje que componía de villano petrolero era perfecto, desde la visión de los guionistas de cine y TV de la época: ambicioso, intrigante, adúltero, mal hermano y pésimo hijo, cargado de todos los vicios posibles. A su vez, era redimido para los productores del ciclo que miraban de reojo las mediciones del *rating*, por su cinismo y humor sardónico, que le permitieron convertirse en el personaje preferido de la serie seguida por millones de telespectadores de todo el mundo.

De vuelta al cine, otro villano petrolero malísimo, redimido por su humor siniestro y su cobardía caricaturesca, lo compuso el actor británico Michael Caine en el filme de 1994 *On Deadly Ground* (*Terreno salvaje* para nuestras carteleras). En este film, Caine es Michael Jennings, el corrupto CEO de la compañía Aegis Oil, un individuo malísimo deseoso de arrebatarle sus tierras a los pobres esquimales de Alaska y, de no conseguirlo, hacer-



los volar por los aires con los desperfectos de su refinería ubicada en el desierto de hielo.

Claro que contra tales aviesos propósitos se levanta la voluntad del protagonista (y director de la película), el incombustible Steven Seagal, contratado por la compañía petrolera en virtud de su experiencia en la lucha contra los incendios producidos en los yacimientos. Como es de esperar, acaba por descubrir los siniestros propósitos del

Espectáculos

2 3

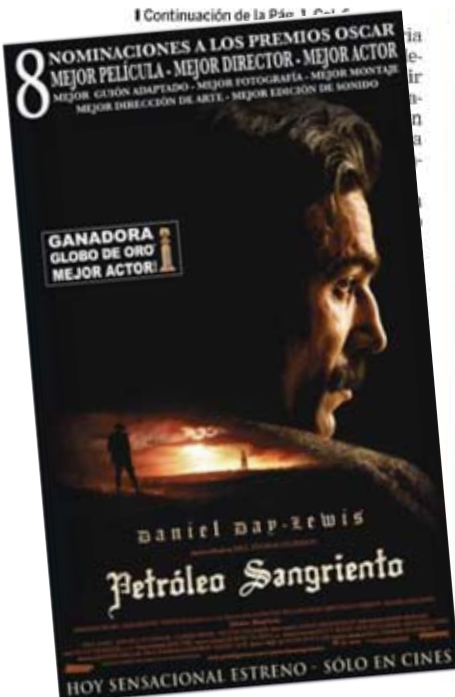
Jueves 21 de febrero de 2008

CINE

Gran película del director Paul Thomas Anderson

Petróleo sangriento, la pesadilla americana

Continuación de la Pág. 1



para trabajar el tema de la religión y la fe, a través del enfrentamiento entre el tiránico protagonista y un falso profeta no menos mesiánico, encarnado por el joven Paul Dano (*Pequeña Miss Sunshine*).

Anderson construye unos fastuosos, embriagadores planos-secuencia, con la colaboración de un equipo técnico excepcional, que incluye al diseñador Jack Fisk (*La delgada línea roja*), que logra que esta película de muy modesto presupuesto parezca una superproducción; a su habitual director de fotografía Robert Elswit, que hace maravillas con los inmensos y desérticos paisajes texanos, y a los desgarradores y experimentales acordes de Jonny Greenwood, guitarrista del grupo Radiohead, que quizá puedan sonar algo intrusivos para aquellos habituados a bandas sonoras más convencionales.

El párrafo final es para Daniel Day-Lewis, uno de los grandes actores de la actualidad. Algunos, es cierto, cuestionaron en el caso de *Pandillas de Nueva York* y volverán a hacerlo aquí cierta tendencia a demostrar en cada plano la enorme jerarquía, la técnica, la ductilidad, el compromiso y la intensidad que el intérprete irlandés exhibe en cada uno de sus trabajos.

El petróleo en el cine argentino

El cine argentino, si bien con recursos muchos menos ostentosos, no dejó de ocuparse del tema que, además, por la ubicación de nuestros yacimientos, proponía como escenario tanto las inmensidades patagónicas como el inhóspito monte del Noroeste argentino y suministraba así toda una épica de pueblos de frontera.

Más que del hallazgo de riquezas fabulosas o de la saga de un grupo de aventureros con visión de futuro, se trataba, en las películas del ciclo petrolero argentino, de la arriesgada empresa de los pioneros que construían un pequeño mundo de frontera, ganando al desierto regiones que, de no tener petróleo, sólo serían un punto anónimo en el mapa de la Patagonia o de Salta.

Y fue *Petróleo*, filme estrenado el 18 de diciembre de 1940 en el cine Monumental, el que más se ajustó a esta temática. En él, la

traición y las penurias acechaban en la soledad de Comodoro Rivadavia, a principios de la década de los cuarenta. La película fue dirigida por un sólido veterano de nuestra industria cinematográfica, Arturo Mom; y constituyó una verdadera superproducción de los Estudios San Miguel. Contaba con un elenco de conocidas estrellas de nuestra cinematografía: Luisa Vehil, Carlos Perelli, Iris Marga, Fernando Borel, Sebastián Chiola, Felisa Mary, además, nada menos, que de la prestigiosa orquesta de Julio de Caro.

El cine nacional volvería a ocuparse, esta vez con mayor madurez y vigor, de la difícil explotación del petróleo argentino en el filme de Lucas Demare, *Plaza Huincul* (Pozo uno), estrenado en el cine Opera el 1.º de septiembre de 1960.

Plaza Huincul, en homenaje al yacimiento neuquino, contaba con un guión del veterano Sixto Pondal Ríos y fue producida por la sociedad Selecciones Huincul.

Estaba interpretada por Duilio Marzio, Nelly Meden, Juan José Miguez, el actor brasileño Jardel Filho (que deslumbró en una composición muy acertada), una juvenil María Aurelia Bisutti y el eterno "duro" del cine argentino: Romualdo Quiroga.

Plaza Huincul narraba, con crudeza viril, la saga del ingeniero Cáceres, que en la desesperación por producir petróleo aceptaba trabajar con un equipo integrado por presidiarios neuquinos para que ayudara a su grupo de 15 técnicos en la perforación de pozos, lo cual permite que se desate toda una tormenta de conflictos y pasiones.



CEO Jennings y, a golpes de karate y ruidos de huesos, en realidad mata a tanta gente a lo largo del filme como planeaban liquidar los pérfidos petroleros liderados por Michael Caine, un malo verdaderamente muy malo.

Otro villano, esta vez con mayúsculas, aportado al cine por la saga petrolera, es el que construye en memoria-

ble interpretación Daniel Day-Lewis para el gran filme de 2007, *Petróleo sangriento* (*There Will Be Blood*), dirigido por Paul Thomas Anderson y basado en la novela *Petróleo* de Upton Sinclair, publicada en 1927.

Day-Lewis ofrece una cruda y brutal composición de su personaje de Daniel Plainview, un pionero texano

Otros títulos

A las películas mencionadas bien vale sumar otros títulos que fueron hitos en la filmografía cinematográfica y televisiva:

El *salario del miedo* (1953), la producción franco-italiana dirigida por Henri-Georges Clouzot y protagonizada por Yves Montand y Charles Vanel, entre otros. Se basa en la novela del mismo nombre de Georges Arnaud (1950) y gira alrededor del viaje en camión de cuatro europeos contratados por una petrolera estadounidense, para enviar un cargamento de nitroglicerina por caminos peligrosos para apagar un *blow out* (un incendio descontrolado en un pozo petrolero) que estaba siendo perforando por la petrolera en algún país sudamericano.

La explosión de una carga de nitroglicerina en la boca de un pozo en *blow out* era un viejo recurso de los perforadores, que consistía en extinguir el fuego a fuerza de dejar sin oxígeno al gas o petróleo en combustión. La película ganó varios premios, entre ellos la Palma de Oro de 1953 (Cannes); el Oso de oro de 1953 (Berlín). Numerosas *remakes* se han hecho a lo largo de las décadas, ajustando el argumento.

De 1957, no tan conocida pero igualmente inolvidable es *Campbell's Kingdom* (traducida al español como *La dinastía del petróleo*) dirigida por el británico Ralph Thomas, de gran prestigio entre la décadas de 1950 y 1960 en Gran Bretaña, sobre todo gracias a su adaptación de clásicos de Charles Dickens y la serie televisiva *Doctor*. Su actor fetiche era el perturbado Dirk Bogarde, quien justamente protagoniza este *film*. Basado en la novela homónima de Hammond Innes, la trama versa sobre los problemas con que se topa Bruce Campbell (Bogarde) al heredar unas tierras en Canadá (Campbell's Kingdom) y tratar de hacerlas producir, como era el sueño de su abuelo, injustamente acusado de fraude. La carrera es contrarreloj, antes de que se aneguen los campos con el fin de construir una represa para agua de riego.

Con un tono más amable y para la pantalla chica, nadie olvida los *Beverly ricos*: de nombre original *The Beverly Hillbillies*, fue una serie estadounidense creada por Paul Henning y emitida por la cadena CBS entre 1962 y 1971. Decididamente, de las más vistas durante años. Trataba sobre los Clampett, una familia de "nuevos ricos" que se muda a Beverly Hills tras convertirse en millonaria gracias a ingentes cantidades de petróleo hallado en sus tierras. Sin embargo, el

dinero no erradica sus costumbres campechanas ni su rústica manera de vestir, y el contraste con los vecinos es atroz.

El jefe del clan, Jed Clampett, estaba representado por el genial Buddy Ebsen. Un actor célebre por cientos de películas, pero, sobre todo, por protagonizar la serie *Barnaby Jones* en la década del setenta; y también el *film Se reunieron en Argentina*, de 1941, película en la que un petrolero texano intenta asegurarse tierras productivas en la Argentina y acaba en el mundo de los caballos de carrera. Lo acompañaba una abuela paranoica, la hermosa e inocente Elly May y el sobriño corto de ideas, Jethro Bodine.

En 1993 se hizo la película con el mismo nombre, dirigida por Penelope Spheeris (la directora de *El Mundo Según Wayne*) y protagonizada por la rubia Erika Eleniak.

También realizada para la TV, la serie *Dinastía* reinó en los hogares de 1981 a 1989. Siguiendo la línea de *Dallas*, giraba alrededor de los ires y venires familiares y empresariales de esta familia dedicada al petróleo. Estaba protagonizada por Blake Carrington, el magnate petrolero en su eterna bata de seda encarnado por John Forsythe; lo acompañaban su segunda esposa, Krystle –la abnegada y hermosa Linda Evans, con su eterno cabello rubio y grandes hombreras–, y Alexis, la antagonista y primera esposa de Carrington, encarnada por Joan Collins, con unos peinados y maquillajes imposibles.

Se desarrollaba en Denver (Colorado) y no faltó en el argumento incluir los avatares de los perforadores estadounidenses en Irán tras la revolución islámica (tan cercana para aquella época) y una vez más, retrataba una riqueza sin límites surgido de los pozos petroleros.

De los últimos tiempos, es *Syriana* (2005) sin duda un hito, gracias a su actualidad geopolítica. Escrita y dirigida por Stephen Gaghan, fue producida y protagonizada por un George Clooney rollizo y de barba desprolija. Su personaje, Bob Barnes, un agente de la CIA que deambulaba por el golfo Pérsico, Suiza, España y el Líbano; junto con un analista sobre energía (Matt Damon) y otros excelentes actores. Entre todos, a través de historias paralelas, describen la lucha de un gigante petrolero estadounidense por no perder negocios en un reino de Medio Oriente controlado por el clan Al Subaai, donde ya están los chinos ganando terreno.

de la industria petrolera que no se detiene ante nada para llegar a la riqueza y al poder, sacrificando a todos los que se ponen en su camino. Una gran película y una visión desoladora de la riqueza obtenida a cualquier precio, aun el de la extrema soledad final.

Así están las cosas en la actualidad en la visión que el cine del mundo, especialmente el de Hollywood, dedica a la industria petrolera, aunque desde hace unos años, controvertidamente, para la actividad, el papel de villano parece haber sido endilgado a *enturbantados* de miradas aviesas llegados de Medio Oriente, con el fin de hacer volar al mundo en pedazos. ■

Fotos: Gentileza Archivo diario La Nación

Ernesto G. Castrillón es Jefe del Archivo del diario *La Nación* y Profesor de Historia; **Luis Casabal** es redactor y documentalista del diario *La Nación*, 1.º Premio de la Academia Nacional de Periodismo 2010. Premio de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) a la Excelencia Periodística 2011 en la categoría Cobertura noticiosa en Internet por el especial multimedia "Camino al Bicentenario", junto a otros colegas del mismo equipo.